

---

EL MILAGROSO  
HUEVO  
DE JUAN MOLINA.

---

Javier Estévez

*Inevitablemente,  
a J. Agustín Álamo Molina*

*Hay pueblos que saben a desdicha. Se les conoce con sorber un poco de su aire viejo y entumido, pobre y flaco como todo lo viejo.*

**Pedro Páramo**

*Recuerda, nada más girar hacia la izquierda, en la esquina señalada, tendrás que hacerle frente a la calle. Allí la verás, con sus fascinados ojos vigilando eternamente el sueño basáltico de la montaña, a quien adora. Hasta hace un lustro, fue la única casa con alto y bajo en todo el barrio. Le encontrarás una gran similitud estética con muchas fachadas de tu barrio. De hecho, como tu casa, tiene unas puertas altísimas bajo unos arcos escarzados. Pero, también, a diferencia de la tuya, ésta sí que consiguieron concluirla.*

Bajo esta descripción, no tuvo problema alguno ni para encontrar la casa donde la esperaban, ni para, afortunadamente, aparcar a unos metros de la misma. En efecto, para dominar visualmente la fachada del inmueble hubiese sido necesario trasladarse a la acera de enfrente, sobre todo para disfrutar de una perspectiva adecuada, pero la impaciencia la colocó frente a la puerta principal y le empujó a golpearla secamente dos veces, a pesar de estar tímidamente entreabierta. Esperó unos segundos; nadie le contestó. Decidida, Davinia entró por el pasillo que moría en una puerta de barrotes salomónicamente estrangulados. En el ecuador de su recorrido sonaron unos cantos, y aunque dedujo fácilmente que pertenecían a mujeres aderezadas en tiempo y vida, tenían un aire irremediabilmente infantil:

*Ay balancé, balancé,  
balancé de Juan Molina  
que engañó a todo el pueblo  
con el huevo de una gallina.*

Tras las risas, apareció, al otro lado de la portada, una mujer enjuta, con cierto desaliño y despreocupación en su vestir, pero con unos ojos pequeñísimos que lejos de esconderse en la oscuridad, resplandecían magníficamente en ésta.

-*¿Eres Davinia, verdad?*- inquirió mientras abría la portezuela con su mano izquierda agarrada a los barrotes.

- *Sí, soy yo; espero no llegar tarde* - espetó Davinia a medio pasillo, acelerando su paso para finalizar cuanto antes el trayecto que aún le separaba de la mujer.

- *Pasa, adelante*, y se retiró unos pasos hacia atrás para facilitarle la entrada. Las piernas de Davinia, extensas como un pecado sin controlar, adelantaron su presencia. Justo después de traspasar finalmente su cuerpo entero la portada pudo ver a su derecha dos mujeres sentadas en un asiento de tres o cuatro pies sin respaldo pero apoyado en la pared y tapizado con una tela rudimentaria repleta de flores y otros motivos primaverales.- *Éstas son mis hermanas, Dolores y Mercedes. Yo, soy María.*- Tras presentarlas, ésta última, la más joven de ellas en apariencia, se sentó en una vieja mecedora separada unos metros de sus hermanas pero con la misma orientación. Por su disposición lineal, Davinia expelió unas sinceras

disculpas ya que le abrazó la sensación de haber interrumpido algún ceremonial.

Sus ojos, encerrados dentro de unas pestañas pequeñas pero reforzadas por el rimel que se aplicaba diariamente, recorrieron los rostros de ambas hermanas, que permanecieron sentadas. Dolores, que prolongaba sus piernas sobre un pequeño taburete, le exigió un beso por saludo; Mercedes, en cambio, escaneó pacientemente y sin obstáculo el prolongado cuerpo de Davinia, que se sintió ciertamente incómoda ante esos ojos de mirada estricta. Aceptó la oferta de María y se sentó en un pequeño sillón que las enfrentaba a ellas, y que se cobijaba bajo los primeros peldaños de una escalera de espeluznante pendiente que, según le contaron después, costó exactamente quinientas pesetas.

*- Entonces, tú eres quien compró la casa de mi tío Juanito el del huevo. Abandonó Dolores estas palabras en el aire del recibidor mientras se incorporaba en su banqueta y obligaba a sus pies desnudos a rechazar el descanso del que disfrutaban. Acomodó su postura apoyando su espalda en la pared y tras un necesario suspiro, apuntó: *Quien compra una casa antigua, no se hace solamente con un inmueble; se apropia también de su historia. Estaba segura de que tarde o temprano, la historia de Juanito el huevo, saldría a tu paso, o, por el contrario, la encontrarías tú abandonada en cualquier cajón o dormida anchamente en una esquina de la casa. Ese encuentro era inevitable, así que, no te miento en**

*absoluto si te confieso que, al menos yo, te esperaba. Es curioso, - añadió mientras se acariciaba sus mejillas y perdía sus ojos en un tiempo inalcanzable,- a lo largo de los últimos veinte años, más que narrarla, me he dedicado a vindicarla, ya que muchas lenguas incautas la han inventado, calumniado, injuriado y menguado. Así que la historia que oirás aquí, desde su comienzo a su final, es la más inequívoca de todas las que pululan por esos mentideros, pues, mi madre, su genuina desencadenante, me la imprimió cientos de veces y letra a letra en los papeles que amontono en mi memoria.*

Cuando Dolores se preparaba para iniciar su relato, Davinia la interrumpió para sacar de su pequeño bolso una libreta de anillas donde, desde hacía unos meses, apuntaba todas las ideas, versos y suposiciones que le salían a su encuentro. No esperaba escribir un libro ni un poemario, pero le gustaba la posibilidad de, pasados unos meses, quizás unos años, reencontrarse de nuevo frente a sus pensamientos. Hojeó su libreta para situar sus anotaciones; de manera contemporánea, Mercedes la ojeó a ella. Al cruzar sus pies, volvió a delinear el amazónico recorrido de sus muslos. Destapó el bolígrafo y le pidió cortésmente a Dolores que comenzara la historia que varias semanas atrás oyó, por primera vez, en una estafalaria tienda que se encontraba perdida entre los cientos de rincones que doblaban calladamente el trazado rectilíneo de las calles.

---

Toda historia, como toda andanza, tiene su inevitable comienzo. El episodio del “huevo milagroso” se inicia legítimamente con la visita de mi abuela Leonardita, acompañada por mi madre, Juana, a una sobrina suya de nombre Wenceslá que vivía, en el año 1913, cuando todo sucede, en Moya. Por aquel entonces, los protagonistas de esta historia eran personas que disfrutaban de una cómoda condición, ya que no soportaban ninguna dificultad para sobrevivir. Mi madre y cuatro de sus ocho hermanos vivían en una casa terrera y sobrada, que aún perdura, aunque vergonzosamente abandonada, donde dicen la Vega Grande.

Al llegar a casa de la sobrina de mi abuela, mi madre, que andaba siempre sin sombra debido a su pertinaz inquietud, descolgó de una pared de la cocina un calendario que tenía tantas hojas como días presentara el año. Eran de ese tipo de almanaques que pretenden instruirte mientras deshojas mecánicamente al tiempo. El azar quiso que ese día, aún figurara la hoja de la jornada anterior donde se exponía una vieja receta, de origen incierto, que revelaba a regañadientes el secreto para escribir frases imposibles sobre los huevos. Wenceslá se percató de la curiosidad de la joven y abriendo el enorme cajón de la mesa tocinerá, sacó un huevo que aguantaba en su cáscara los siguientes términos: *este huevo lo puso la gallina negra*. Ni mi abuela ni su sobrina pudieron entonces imaginar, y menos calibrar, la historia que acababan de prologar.



A pesar de que aún restaban unas horas de luz, pues el sol aún estaba penetrante y diagonal, mi abuela decidió retornar a Guía, pues esperaba que con el derrumbamiento del día llegaran, para pernoctar, unas hermanas de pensamientos trabados y espesos, que respondían sonoramente al apodo de Las Canelas. Tan pronto llegó a oídos de mi madre la noche que gastarían estas hermanas en su casa, pergeñó la burla más contumaz que ha sufrido esta comarca en los últimos veinte siglos de su existencia.

Tras un regreso polvoriento y pedregoso, y nada más apearce de la acémila tras pasar bajo el arco rebajado del alpendre, sin anuncio alguno, corrió hacia el corral para pertrecharse de algún huevo que aún hubiese en el nidal. Percatose rápidamente, pues mi madre tenía buen ojo para los trajines del corral, de la existencia, en el nido de las gallináceas, de un huevo huero, vano, vacío, el que por enfriamiento se pierde en la incubación. Con el huevo en uno de los bolsillos de su delantal, entró de esquivo en varias dependencias de la casa para apoderarse de las herramientas rentables y necesarias que le permitiesen ejecutar puntualmente la candonga que les gastaría a las hermanas retardadas.

A hurtadillas, pasó por la cocina para apoderarse de un pedazo de manteca de cerdo sin sal, un vaso de vinagre, que cogió de la alacena, y una botella vacía de las reservadas para recoger agua del naciente. Siguió su ronda sigilosa por el escritorio de su padre, que a esas horas rondaba por los callejones sin suerte de su ciudad

inédita, y consiguió, al verla tendida sobre el buró, una pluma palillera de guirre, regalo prescindible de un notario atribulado. Volvió astutamente al corral, sin levantar sospechas, y con una vela y una cuchara, calentó el sebo del cochino para licuarlo y tintarlo. Con el dedo gordo e índice de la mano izquierda soportó el huevo, mientras que con la pluma ya cargada escribió rudamente sobre el cascarón una frase que concibió como terriblemente agorera. Tan sólo restaba el momento definitivo y sublime; para cumplir fielmente lo establecido, sumergió, sin aviso previo, al huevo durante un cuarto de noche en el mar de vinagre.

Para no levantar sospecha alguna, en vez de volver a la casa, donde andaban repartidos su madre y sus hermanos, se dirigió hacia un pequeño cuarto disperso y allí se dispuso, mientras el tiempo y el ácido acético actuaban sobre los carbonatos oriundos de la cáscara, a lustrar todos los aperos de labranza concernientes a la tierra.

Mientras bruñía y se esmeraba en la limpieza de esos aparejos agrícolas, unas voces se introdujeron girando y girando por el único hueco que presentaba el ancho vano del cobertizo. Inmediatamente, desempolvó de las repisas de su memoria todos los registros auditivos almacenados hasta encontrar el correspondiente a esas voces saladas y marineras. Así las identificó casi al tiempo que se introducían a empellones en sus oídos: *las moscas*. Estas primas lejanas suyas eran unas alcahuetas del demonio, pues tan grande era su

ignorancia que todo lo relacionaban con el demontre, con hechizos desatinados y con el negro encantamiento. Temerosa de que se encontraran con el huevo anotado, resolvió sacarlo del vinagre para incrustarle una cruz sobre el mensaje grabado de forma soez a la manera cervantina. De este modo, consiguió defender las letras tanto de voluntades tenebrosas como del temido fuego eterno.

La noche espesa se sentó sobre la isla y entonces, cuando las estrellas retozaban sideralmente en el firmamento, Juana sacó el huevo, sumergido con alevosía y con un fragmento de nocturnidad en el caldo avinagrado, y entre risas malandrinas y plumas desvanecidas, levantó a la gallina para poner bajo ella el huevo con el dictado grabado en relieve.

La noche devino en luminoso amanecer y antes de que el día sucediera definitivamente a la noche, el canto del gallo, atravesando como pudo la relentada, avisó del comienzo de una jornada que, desde tiempos irreconocibles, sería, de manera casi ineludible, similar a la que inevitablemente ocurrió.

Entonces sucedió lo que Juana esperaba. Una de las Canelas, que habían dormido en una de los cuartos perdularios del bajo, se acercó al nidal para recoger lo dispuesto por la gallina y se encontró no con un huevo cualquiera, sino con el que mi madre había ilustrado. Asustada, llamó a Manuel, el ovejero, que se preparaba para sacar el ganado a pacer. *Yo no sé leder, pero*

*letras son*, concluyó el pastor, con su acostumbrada parsimonia y brevedad, antes de empezar a bastonear al ható hambriento.

Para finales de ese año se había planeado la boda de nuestros padres. De esta manera, se habían vuelto muy frecuentes las visitas de la familia de mi padre a casa de mi madre y viceversa. Esa misma mañana, tan temprano como el huevo fue descubierto en el nidal, mi abuela paterna, acompañada por dos tías nuestras, rindieron visita a Leonardita. Mientras hablaban de zagalejos, capotillos, casaquillas y justillos, las Canelas, alucinadas con la gallina ponedora, trataron de abandonar la casa y el huevo, no sin antes mostrarle el milagro referido a dos jinetes que con sus monturas aletargadas, por allí coincidieron, aunque llevaran rumbos opuestos, pues mientras don Ramón cabalgaba a Gáldar, Marquitos Mendoza se dirigía hacia la cercana ciudad de Guía. Las hermanas, demoradas en inteligencia y con cierta tartamudez mental, les ordenaron parar, desmontar sus caballos y mirar el *huevo huero rayado*. Los ojos de Marquitos Mendoza tanto se agrandaron, por lo que a través de ellos veía, que D. Ramón se apartó unos pasos de él no fuese *se le vayan a salir de sus cuevas y yo se los pisara*. Encrespado, preguntó a la mayor de Las Canelas: *Señora, pero ¿quién puso este huevo?* Fiel a la verdad y a su limitada razón, respondió ésta: *Pues, una gallina, señor; quién si no.*

---

Del corral al camino y por los caminos hacia las ciudades. Así se extendió la noticia, como si fuese una trémula niebla en una larga noche de invierno. La divulgación galopó sobre el caballo de Marquitos Mendoza, que tras devolver el huevo a las hermanas, remontó a su cabalgadura, espoleó frenéticamente al animal y éste, más que correr, voló bajo, despertando en el viento y todos sus componentes, una antigua nostalgia por el mítico Pegaso.

Tanto cabalgó y cabalgó que ni se percató de que había atravesado en una sola carrera y de norte a sur, todo el pueblo de Guía. Al llegar a la pendiente engreída de Caraballo tiró de las riendas de su alazán, que no sólo se vio dolorosamente obligado a frenar su carrera sino que clavó en tierra la baldía excitación del jinete.

De vuelta al pueblo, atravesó la nube de polvo que había levantado su jaca tras la frenética galopada, y evitó, como pudo, los cientos de adoquines volteados por el golpe seco y contundente de los cascos traseros de su caballo. Al pasar junto a la portada del cementerio, desbordado de muertos incomprensidos, se quitó el sombrero por respeto a los difuntos que allí yacían, en especial por sus padres; bordeó la ermita por uno de sus costados y se dirigió hacia la tienda de comestibles y ultramarinos de mi tío Juan Molina, fraterno suyo no de sangre, sino por obra, tiempo y sentimiento. Cuanto más se acercaba, más respiraba

abdominalmente para digerir cuanto antes, tanto frenesí que se acumulaba en algún rincón de su confuso vientre.

Sobre una de las esquinas que dibujaban los límites de la plaza de San Roque, se encontraba, primigeniamente, la tienda de mi tío. A pesar de sus ahogadas dimensiones, Juan, que se había convertido en un auténtico prestidigitador del orden y su estructura, había conseguido introducir en ella un inimaginable universo de mercancías. Ofrecía un completo surtido de todo tipo de productos, desde zapatos hasta mechas para candiles. Sobre el mostrador principal tenía tres frascos repletos de caramelos, a parte de los necesarios instrumentos de precisión: una balanza, pesas y una báscula con plomada. Pegada a la pared del fondo se alzaba una enorme estantería. Los bajos de la misma estaban destinados a los productos más cotidianos, mostrándose al público los cajones de legumbres y hortalizas, interrumpidas por marbetes marcaprecios de cristal esmaltado. Sobre los cajones, las repisas donde reunía todo tipo de líquidos y bebidas fundamentales y de cuyas esquinas pendían las medidas de líquido fabricadas en hojalata de diferentes capacidades. Como si de un museo se tratara, los granos se exponían en grandes sacos, todos remangados por sus cornisas y cada uno con sus almudes correspondientes, y los repartía entre los huecos que creaban generosamente las cuatro puertas que ofrecía el comercio. Sin embargo, en ese orden aparente había dos elementos cuya presencia me generaban cierta incomodidad

además de crear un ambiente, para mí, hasta esotérico. Colgada del techo, entre el mostrador y la entrada principal había una rueda, que no era otra cosa más que un volante de fundición con los típicos radios sinusoidales, que ponía en movimiento una correa amarrada a uno de los ventanucos que culminaban las puertas. Hoy en día, sospecho que era un rudimentario sistema de protección contra robos desesperados. Por otro lado, el juego de espejos de las esquinas para visualizar en *un coup de vue* el espacio absoluto de la venta. Yo siempre recordaré a mi tío Juan como un buen tendero, amante del tremendismo, pero con un humor congénito y una risa ardiente.

Marquitos Mendoza intentó entrar en la tienda con la única intención de anunciarle lo que, con sus propios ojos, había visto. Pero ante el alboroto y la algarada que había en su interior, prefirió permanecer fuera y llamar su atención hasta que Juan lo alcanzara. Se arrimó a un viejo laurel, plantado en la última glaciación, y comenzó a gesticular afanosamente con sus brazos y manos, con su rostro y con otras partes inevitables de su cuerpo. A pesar de que la perspectiva elegida permitía una conexión visual directa entre ambos, Juan continuaba sin verlo. Desesperado, Marquitos Mendoza volvió a respirar abdominalmente, esta vez en ocho tiempos, y a pesar de la alergia que le tenía a los correveidiles, decidió entrar sin anunciarse y decididamente, como si fuera un guardia civil. *Juan Molina, abandona cuanto antes la tienda y acompáñame a casa de tus padres, pues suceden allí cosas de difícil*

*explicación.* La risa de mi tío Juan tronó bajo el cielo circunstancial. Algún que otro despistado que andaba a cuatro manzanas de allí, miró extrañado al cielo creyendo oír los tambores de Júpiter. Le bastó a Juan ver que el rostro de su amigo permanecía ingravidamente circunspecto, para confirmar, con certeza religiosa, la veracidad de las palabras arrojadas sobre el mostrador. Se deshizo, como pudo, del delantal y pidió a Dolores, su mujer, que permaneciese al frente de la venta hasta su regreso.

Montó sobre el curvado lomo del caballo donde ya lo esperaba Marquitos y ambos se dirigieron a horcajadas, calle abajo, hacia la Vega Mayor. Cabalgaron tan deprisa que entre los que les vieron corrió el rumor de la existencia de unos viejos malhechores imperdonables. Su presteza casi les desbarranca al final de la calle del Marqués, en el encuentro brusco de la misma con la hendidura del barranco.

Ante la insistente petición de Juan para que le aclarara lo sucedido, Marquitos trató, en un principio, de alejarle la sensación de lo irremediable asegurándole que nada le sucedía a su familia; intentó, seguidamente, introducirle la tranquilidad por sus oídos tan mal educados para la música, y por último, le perjuró que prefería, y lo dijo poniéndose la mano en el corazón, esperar a llegar hasta su casa para que fuese él mismo quien descubriera el milagro acontecido, no fuese a ser que lo tomara por loco o ignorante.



Restaban aún unos cuerpos para llegar a la altura de su casa, y con el caballo aún entre trote y resoplidos, cuando Juan saltó del rocín a la tierra. Las siluetas inquietas de Las Canelas se advertían desde el principio de la larga recta que trazaba el camino en su discurso secular, y sólo cuando llegó a su altura, les ordenó que le contarán lo sucedido. Éstas, sin introducción alguna y con los ojos cerrados, pusieron el huevo en su mano y añadieron al mismo tiempo: *Esto es un aviso de Dios, Juanito; mire usted, qué mensaje tan terrible*. Por temor a una caída inoportuna, Juan acunó el huevo entre sus manos, pero con el texto dispuesto al revés. Con exquisito cuidado y con mayor curiosidad, lo giró para poder leer el incógnito mensaje que la cáscara recogía. La incredulidad inicial se tornó rápidamente en un gesto facial de secreta complicidad, al comprender fácilmente que la grafía cincelada sobre el cascarón, ni se correspondía con mensajes divinos, ni con letras de serafines, querubines o de ángeles expulsados, pues la ingenua falta de ortografía allí registrada, descartaba brutalmente a todo lo celestial y a lo del más allá, también. De forma precisa, y algo torpe, alguien había escrito en el huevo: *En este siglo se berá*. Y Juan, mirando hacia la ventana que se correspondía con el paradero de sus hermanas, dedujo sólidamente, quién había sido la inocente escritora.

---

No te miento si te aseguro que a día de hoy, continuó sin saber cómo pudo urdir, tan velozmente, la trama que desembocó en este impresionante esperpento. Yo hubiese necesitado varios siglos para tejer semejante fábula. Ahora pienso que puede ser una cualidad consustancial del nombre Juan porque sólo a él se le pudo ocurrir dar pábulo con semejante extensión a esta infantil patraña, que donde comenzó, tuvo que haber finalizado. Sin embargo, mi tío Juan, lejos de contentarse con lo sucedido, introdujo nuevos ingredientes cultivados, con innata picardía, en su ocurrente imaginación.

Mientras se estiraba suavemente los extremos curvados de su bigote, para dar cierto aire de preocupación y meditación a un tiempo, se dirigió a Marquitos Mendoza con voz grave, accidental y fingida: *Marquitos, para saber si estamos ante un complot celestial o, ante uno de los múltiples artificios de los que se vale el demonio para introducirse imperceptiblemente entre nosotros, necesito, ahora más que nunca, tu apreciada colaboración. Creo que esto es más serio de lo que pensamos. Mientras yo regreso con el huevo a la tienda, tú deberás transmitirle a las siguientes personas, la verdadera naturaleza y trascendencia de este enigmático acontecimiento. Será imprescindible que cites, al mediodía en mi comercio, a los siguientes próceres, que afortunadamente caminan hoy en nuestra ciudad: mencionarás al párroco Martín Morales, que aunque haga tan sólo unos meses que la divina providencia lo*

*destinó a estos solares de dios, he observado que detrás de sus gafas de anticuario se baten unos ojos insondables que denuncian una sorprendente sabiduría geológica. Por su responsabilidad ineludible, también deberá asistir D. Fernando Guerra, nuestro ilustre e irreparable alcalde; y, por último, al notario de mandíbula carolingia y seseo soporífero, pues sospecho que sobre las letras y su condición no habrá nadie en esta jurisdicción que alcance su saber. Y por favor, pídeles, ante todo, que sean puntualmente prudentes.*

No había terminado de pronunciar la última sílaba de su improvisada alocución, cuando, las cosas inexplicables que sólo suceden en los pueblos disfrazados de ciudad, la noticia del huevo huero se había movido ya con tanta rapidez y efectividad que había llegado hasta la comarca de Las Tirajanas. En la plaza de los Álamos y en su rémora de las Ventas, se creó tal alboroto y bullicio que muchas mujeres pensaron que, inesperadamente, pues de esa forma transcurrían antes los días, era jornada de mercado. Vinieron curiosos hasta de los pueblos meridionales, emplazados a varios días de distancia y la prudencia exigida por Juan murió nada más nacer, pues según supo después, su mujer tuvo que pedir auxilio al regimiento militar debido al tumulto dilatado y expectante del vecindario que se había instalado frente a su venta.

Una vez reunidos en la tienda, Juan mostró el huevo entre sus manos mientras les pedía a los escogidos que por precaución, no lo tocaran. El alcalde observó el

huevo con tanta turbación y estupor, que tuvieron que conducirlo entre apuros y vientos inevitables, al excusado. El párroco, que llegó el primero ante la desproporción de la noticia, trató de encontrar, sin éxito, una respuesta decisiva entre los múltiples tratados ecuménicos, catecismos redundantes y sentencias canónicas cuyos veredictos provenían de los más altos y conspicuos tribunales eclesiásticos. Por último, el notario, con una postura que acentuaba su redondez e ingravidez, al hacer coincidir sus manos sobre su trasero, y refiriendo su discurso más a la débil cruz dibujada tardíamente que a las letras ovíparas, habló de un francés trasnochado y medieval que gastó gran parte de su vida en pronosticar acontecimientos apocalípticos. Según contó, mientras se ajustaba sus tirantes inverosímiles, este gabacho de apellido impronunciado había previsto la aparición de una Cruz Cósmica que anunciaría el fin del mundo. Tras pronunciarse el notario, hubo que acercar una batea inimaginable al regidor municipal ante la recurrente e imprevista disentería.

Ante la irresoluble incógnita en que se había convertido el huevo premonitorio, mi tío Juan abrió las cuatro puertas de su comercio y dirigiéndose a la multitud, que llenaba no sólo la plaza contigua sino todos los caminos y veredas que por su tienda transitaban, volvió a hacer gala de su pasión por el orden y su estructura, y organizó una fila única que entraría por la puerta de oriente, pasaría frente al huevo expuesto en una cesta inclinada, que hacía de nidal improvisado, y saldría por

la puerta opuesta, orientada a occidente, para así evitar aglomeraciones innecesarias y multitudes opresivas.

El único que no participaba del acontecimiento era el párroco, que seguía nublado tras sus estudios estériles pero extensos, pues mientras él buscaba y rebuscaba, ante el mostrador desfilaron los personajes más simples, los menos frívolos, otros de espíritu áspero e incorregible, y hasta una estirpe imprevista de visionarios testarudos y ministros taciturnos. Una señorita de cofia y delantal que se presentó con una cesta llena de guata, solicitó, de parte de la mujer del notario, el alquiler temporal del huevo para poder analizarlo detenidamente en su casa. Mi tío, terriblemente ofendido, no sólo expulsó de malas maneras a esta inocente remitida, sino que le espetó algo así como: *¡el huevo no es ningún juego, señorita!*

También se acercaron multitud de enfermos transitorios e hipocondríacos crónicos que arrodillados frente al huevo y con las manos apoyadas en el mostrador, solicitaban, entre lágrimas y cánticos incomprensibles, la curación definitiva de sus dolencias refutadas y de sus ensoñaciones argumentadas.

El paroxismo de esta comedia se alcanzó cuando coincidieron frente al huevo, un grupo de ateos inexpertos que recobraron su fe distraída tras escuchar a la mujer del notario, que empujada por la curiosidad y por el fracaso de su tentativa, jurar por todos sus

mueertos, que aquella ortografía era, sin equívoco alguno, la de Santa Teresa de Jesús.

Toda esta parodia finalizó cuando mi abuela Leonardita, a la que inevitablemente había visitado también la noticia, sin reconocer ésta su origen, se presentó con su luto perenne, bajo el quicio de la puerta principal. Dos zancadas, más que pasos largos, le bastaron para acercarse hasta el mostrador, alongarse, coger el huevo con rotundidad y desmoronarlo ante la mirada avergonzada y desmantelada de mi tío.

Tratando de acribillar el silencio impagable que se instaló en su tienda, Juan comentó a su madre, con inusual vergüenza y mientras introducía los dedos en un saco de arbejas: *Pero no se ponga así madre. Es una broma como otra cualquiera. O cree usted que me pueden detener o excomulgar por ello.* Y mi abuela, que nunca fue una mujer culta pero sí certera, le contestó, tras provocar un choque de miradas entre ellos al levantarle sutilmente el mentón reclinado: *No Juan, puedes padecer algo peor: la ignominia, hijo mío, la ignominia.*

---